

# Presentación del Dossier #16

## Ciudad, ambiente y pandemia. Hacia una reconceptualización del colapso ecológico

### **María Gabriela Merlinsky**

Licenciada en Sociología (Universidad de Buenos Aires), Doctora en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires) y Doctora en Geografía (Paris 8). Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG-UBA)

E-mail: [gabriela.merlinsky@gmail.com](mailto:gabriela.merlinsky@gmail.com)

### **Melina Tobías**

Licenciada en Sociología (Universidad de Buenos Aires), Doctora en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires) y Doctora en Geografía (Paris 8). Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG-UBA)

E-mail: [melina.tobias@gmail.com](mailto:melina.tobias@gmail.com)

Durante 2020 y 2021, el continente sudamericano se vio golpeado por la transmisión del llamado SARS CoV-2, un emergente del proceso de expansión del mercado capitalista con sus desplazamientos incesantes, expansión de fronteras extractivas, hiperconsumo y obsolescencia programada. Si en sus inicios la crisis sanitaria desencadenó una parálisis masiva, con el correr del tiempo se fueron enlazando acontecimientos y procesos que impulsaron nuevos desplazamientos (no solo en la movilidad) que hacen visible el efecto gravitante de la pandemia en diferentes órdenes de la vida social.

No cabe duda que la pandemia ha venido a poner en cuestión un modelo civilizatorio, cuya fragilidad está a la vista, pues no hubo recursos, estrategias, modos de gobierno que pudieran evitar la masiva crisis sanitaria mundial. Se trata de problemas que no tienen exclusivamente que ver con los déficits de los sistemas de salud, son las relaciones sociales de producción y consumo las que explican las raíces de estos cambios y esto, como nunca antes, nos lleva a poner el foco en torno al significado social y político de la crisis ecológica cuya profundización ha sido concomitante con la expansión del capitalismo en todo el planeta. Es decir que hay que pensar también las condiciones en que se desenvuelve un momento particular,

el capitaloceno, que es modo fundamental de alteración ecológica, y que busca la explotación mundial de las naturalezas baratas para penetrar más y más fronteras de ganancias potenciales.

Ha sido la expansión de monocultivos a escala industrial, así como la manipulación y tráfico de la vida silvestre lo que ha generado el caldo de cultivo para la expansión vertiginosa del virus entre los humanos, y esto hace visible los lazos existentes entre la devastación de los ecosistemas, la salud y el sistema social en su conjunto. En un comienzo, los países de la región respondieron profundizando políticas que ya se estaban llevando adelante. Sin embargo, con el correr del tiempo se vio que esas iniciativas eran insuficientes y que la pandemia vino a reforzar temas de debate previo, a poner en el centro de la escena a otros que no estaban tan visibles y a gravitar sobre asuntos poco discutidos, pero con grandes consecuencias a mediano y largo plazo. Por todas esas razones, es muy importante prestar atención a los modos de afectación diferencial de la pandemia sobre poblaciones, ecosistemas, grupos sociales, clases y regiones, dado que, si consideramos este evento masivo como analizador social, podremos reconstruir el vasto edificio de las desigualdades creadas y vigentes a las que vienen a sumarse nuevos escenarios de riesgo.

Los artículos que componen este dossier nos muestran de forma elocuente que la pandemia trajo una dislocación de los escenarios de riesgo, una ruptura que muestra una discontinuidad en diferentes procesos, un “antes” y un “después”. Pero los textos también dan cuenta de procesos que deben analizarse en relación con dinámicas globales y territoriales en las que las interdependencias se vuelven muy elocuentes.

Esto abre un camino de indagación muy provocativo que da cuenta de la emergencia de nuevos puntos de referencia que conectan los efectos de la pandemia con procesos de larga duración que tienen asimismo importantes consecuencias ecológicas. Si se observa una pulverización de los puntos de referencia y la existencia de situaciones límite, también emergen nuevos significados que provienen tanto de respuestas colectivas y procesos comunitarios, como de los múltiples modos de intervención social que se producen desde diferentes niveles del Estado como respuesta a una emergencia que es sanitaria, social, económica y ambiental.

En diferentes regiones de América Latina hubo procesos vinculados a la expansión de fronteras extractivas que se combinaron negativamente con la expansión de la pandemia y tuvieron consecuencias en la expulsión de población indígena hacia grandes centros urbanos. Este es el caso de vastos sectores de la población indígena en el norte argentino que, desde la década de 1960, vienen siendo desplazados a la periferia de las grandes ciudades y que es analizado en el trabajo de Malena Castilla ““Ahora tenemos este virus, pero cuando tenés tantos problemas en la zona nada alcanza”. Extractivismo, segregación y pandemia en la provincia del Chaco”. La autora señala que, fundamentalmente durante las últimas décadas, esta movilidad se ha intensificado, generando ocupaciones espontáneas en zonas de Resistencia, principalmente a sus márgenes, como en el Área Gran Toba. El trabajo pone un ojo crítico en la forma de gestionar el Aislamiento, Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO) en esa provincia, algo que acentuó la crisis y generó una criminalización de

la población originaria. Frente al aumento de enfermos por COVID-19, la respuesta oficial consistió en aislar los territorios indígenas de las periferias urbanas, poniendo vallas y levantando montañas de tierra para impedirles la circulación hacia otras zonas de la ciudad. Así, la violencia institucional vino a sumarse a un proceso de urbanización regresivo donde el hacinamiento y la necesidad de alimentación -derivada de productos industriales y no ya del autoconsumo de huertas y cría de animales domésticos- provoca impactos adicionales en las condiciones de seguridad y soberanía alimentaria de las familias indígenas.

Estas últimas consideraciones ameritan una doble reflexión considerando los escenarios socioambientales y territoriales respecto de los cuales avanzan los casos de contagio y también en términos de las condiciones previas de pérdida de soberanía alimentaria, lo que implica una mayor vulnerabilidad para enfrentar la crisis sanitaria y económica. En ese sentido, la complejidad de la pandemia devela la permanente articulación entre determinaciones naturales y determinaciones sociales, que mejor podríamos llamar socio-naturalezas. Se trata de un momento (quizás inédito en la historia) en el que las contradicciones entre naturaleza y sociedad, así como entre economía y política, se vuelven muy elocuentes, pues la crisis social, ambiental, sanitaria, económica y ecológica despliega aspectos diferentes de una misma y única metamorfosis. Como señala Bruno Latour, “la noción misma de suelo está cambiando de naturaleza” y el suelo soñado de la mundialización comienza a desintegrarse.

En la Comarca Andina (Patagonia argentina), durante la década del '70 del siglo pasado, se impulsaron estrategias de inversión forestal que buscaron “inyectar financiamiento y soluciones” para el desarrollo de proyectos en los territorios. Bajo el enfoque de la época, aún vigente, la región fue sometida a una estrategia de incorporación en la economía global, en nombre del desarrollo. Sin embargo, en el contexto de la pandemia se ha profundizado una discusión en torno a las consecuencias socio-ambientales de la plantación de especies exóticas en territorios que fueron luego descuidados y sometidos a procesos de repoblación en condiciones precarias. Precisamente, fueron esas poblaciones las que estuvieron especialmente afectadas por el avance de las llamas durante los últimos incendios forestales y este es uno de los aspectos analizados en el trabajo de Juan Lobba Araujo, Alma Tozzini y Constanza Casalderrey Zapata: “Cuando los barbijos (también) ardieron. Escenarios de emergencia superpuestos en el noroeste de Chubut”.

Los autores proponen una discusión sobre la construcción social del riesgo que va más allá de la vulnerabilidad de las personas (algo que ha predominado en el modelo médico-sanitario) para prestar atención también a las características del modelo territorial que son gravitantes en términos del rol del sector inmobiliario, los déficits en la provisión de infraestructuras y el papel del sector turístico. Así, los incendios en la Comarca Andina no sólo revelaron las condiciones de riesgo pre-existentes, sino que es necesario agregar también el modo en que se combinaron estos eventos con un proceso de gestión deficitaria de la pandemia. Si el riesgo se construye en un doble sentido, tanto en lo que hace a su percepción como a la producción de las condiciones materiales que lo crean o lo potencian, aquí los autores analizan de forma compleja dos escenarios de emergencia: uno recurrente y otro

extraordinario, que entraron en relación generando una catástrofe ambiental y humanitaria.

En Rosario (provincia de Santa Fe, Argentina) el brote pandémico se combinó con una bajante histórica del caudal del río Paraná y el avance de un frente de incendios en las islas del humedal. Tengamos en cuenta que el río Paraná integra una cuenca hídrica que nace en Pantanal en Brasil, recorre casi 5.000 kilómetros hasta su desembocadura en el Río de la Plata, con un caudal promedio histórico de unos 16.000 metros cúbicos por segundo. Desde hace dos años hay una bajante extrema que no tiene antecedentes (tanto por lo prolongada como por lo pronunciada) que secó lagunas y riachos, y dejó al descubierto buena parte del valle y planicie de inundación. Según un informe reciente de la Universidad Nacional de Rosario (UNR), el Delta medio del río tenía a mediados de 2021 una cobertura de agua de apenas 6%, en comparación con su promedio que es del 40%. Todo ello además facilita la propagación de incendios en las islas, tanto a partir del descubrimiento de tierra como por el secado de los pajonales.

Una de las razones que empujaron a esta crisis hídrica ha sido el corrimiento de la frontera agrícola, algo que ha dado lugar a cambios en el uso del suelo que modifican la respuesta hidrológica del cauce ante la lluvia. La bajante del Paraná no solo da cuenta de un evento extraordinario considerando los ciclos de descenso previos, sino que también representa un punto de inflexión. ¿Qué quedará del río y cuánto cambiarán los ecosistemas y, por lo tanto, la vida humana cuando las lluvias regresen? Ya se han documentado problemas muy graves en relación a la provisión de agua potable, la erosión de los márgenes (que llevó a la existencia de derrumbes y desbarrancamientos) y también la concentración de contaminantes en el agua (antibióticos, agroquímicos) que tienden a estar en un nivel muy bajo de dilución.

Sin embargo, antes y durante la pandemia la mayoría de las propuestas de política de agua se han centrado en resolver los problemas mediante soluciones basadas en las infraestructuras y que vienen asociadas a recetas de mercado que defienden y promueven derechos de propiedad privada. Solo esto último puede explicar el énfasis en la discusión sobre la hidrovía Paraguay-Paraná, considerada como un “sistema fluvial y marítimo” orientado a fortalecer los puertos para que sean centros logísticos destinados a la exportación. Si en la agenda mediática y política predomina la discusión sobre la hidrovía y no sobre la crisis hídrica de la cuenca del río Paraná es porque, a pesar de las pruebas generalizadas de los grandes problemas que generan las recetas basadas en los mercados, las políticas hegemónicas están impulsadas por fuerzas inerciales que fortalecen el modelo en lugar de desafiarlo.

En la ciudad de Rosario fueron los eventos imprevistos de la pandemia y los incendios de las islas los que colaboraron para que se estableciera un puente cognitivo entre los problemas vinculados a los espacios habitados por los sectores populares, a las zonas centrales costeras y a las áreas de islas. Si estos espacios no tenían una continuidad en el registro aparente de los acontecimientos de la “normalidad pre pandemia”, algo de esto empezó a cambiar en el período 2020-2021. El trabajo de Diego Roldán y Anahí Pagnoni “Reflexiones situadas alrededor de la pandemia. Espacio público, movilidades, barrios populares e incendios en Rosario, Argentina” muestra que la pandemia y las quemadas están interconectadas en

cuanto a los efectos que el humo genera en el aire y por ser este último el medio principal de propagación del SARS-CoV-2. Los informes globales de inicios de 2020 que mostraron una cierta mejora en los indicadores de calidad de aire contrastaron con la situación en el Gran Rosario, donde el humo de las islas vino a sumarse a la bajante extraordinaria del caudal del río Paraná. Todo ello puso en entredicho la narrativa urbanística de la ciudad conectada virtuosamente con el río, así como las miradas paisajísticas vinculadas a las islas y las costas como espacios de contemplación estética. Como señalan Roldán y Paganoni: “el fuego sobre el humedal incitó a la recuperación del espacio público urbano, una reconquista protagonizada por rostros con mascarillas y cuerpos distanciados” alentando una ocupación del espacio público fuertemente ligada a los sentidos y padecimientos de la pandemia y al espacio de las islas. En ese sentido, las movilizaciones convocadas por la Multisectorial Humedales permitieron una reapropiación de calles, puentes, espacios costeros y fluviales para restituir el sentido político a la relación de la ciudad con el río.

Este último aspecto nos lleva a considerar el tema del impacto de la pandemia en las megaciudades de América Latina, las que ya tienen una trayectoria de desequilibrios ambientales y territoriales, marcados por un patrón de crecimiento urbano disperso, con mercados de tierras y vivienda desregulados. En ese contexto, se destacan las mayores penurias de la población de los sectores populares para acceder a la vivienda, la persistencia y expansión de asentamientos precarios, un aumento de la vulnerabilidad frente a los desastres (deslaves, inundaciones, etc.) y una mayor dificultad de acceso a infraestructura básica, bienes y servicios urbanos calificados. Un elemento clave aquí es el aumento de las dificultades de movilidad y de acceso a espacios públicos de calidad.

En las megaciudades es necesario invertir mucho tiempo en traslados, precisamente porque las funciones urbanas claves vinculadas a la vivienda, el trabajo, el abastecimiento, la educación, la salud y el ocio están separadas. Como muestran Marina Birche, Karina Jensen y Pilar Bilbao en su trabajo “La ciudad de los 15 minutos y el espacio público de cercanía como elemento clave para el diseño de la ciudad post-pandemia. El caso del partido de La Plata”, es indispensable repensar la concepción de la ciudad ligada a una dispersión infinita, para empezar a ver las periferias como oportunidades y espacios de nuevas centralidades en los que se requiere no solo la expansión y consolidación de las infraestructuras sino también espacio público urbano de calidad. Allí las autoras proponen repensar la propuesta de la ciudad de los quince minutos como un punto de entrada para reformular el modo de vida, de producción, de consumo, de desplazamiento, que, sin duda, en las grandes ciudades implica otra relación con el tiempo. Si la movilidad ha degradado la calidad de vida a través de viajes costosos, desde todos los puntos de vista es necesario repensar las diferentes funciones del espacio urbano para que se puedan fortalecer las relaciones de proximidad. Como señalaba Jane Jacobs, la “ciudad viva” es pensar la proximidad y el vecindario, no solo como una asociación de edificios sino también como una red de relaciones sociales, un entorno donde los sentimientos y la simpatía puedan florecer.

En un mismo sentido, el trabajo de Camilo Vázquez Wlasiuk, María Luciana Giglio, Laura Cristina Aón y Camila Arregui “El auge de la bicicleta en la movilidad durante

la pandemia: desafíos y oportunidades. El caso de la ciudad de La Plata” muestra importantes cambios en la movilidad motorizada privada en dicha ciudad. Tengamos en cuenta que los temas de movilidad se pusieron en el centro de la discusión debido a la pandemia COVID-19 a partir de las restricciones a la circulación, el señalamiento del transporte público como espacio de contagio y el cambio hacia el desplazamiento mediante el transporte privado motorizado y la movilidad activa (caminar, moverse en bicicleta). Aquí es la pandemia misma, como forzante del movimiento, la que se puso de relieve: el virus circula con las personas y éstas viajan aceleradamente a través de redes e infraestructuras a escala global, regional y urbana, para lo cual la respuesta forzada fue la inmovilidad (el aislamiento).

Como muestran los autores, el uso de la movilidad no motorizada en general y de bicicleta en particular, no tiene un alcance equitativo para todos los habitantes de la ciudad en términos espaciales, algo que se vincula a diversos aspectos económicos y sociales. Los análisis de situación de movilidad antes y después de la pandemia, muestran que las prácticas y relaciones sociales espacializadas tienen una alta dependencia de las políticas públicas urbanas y de la calidad del transporte en cada área analizada. Para fomentar una agenda pública de movilidad no motorizada se requieren soluciones que tengan un enfoque integral tanto desde lo espacial como lo social. Aquí contrasta la sobreoferta de oportunidades de viaje en áreas centrales versus las bajas oportunidades en áreas periféricas.

Los trabajos presentados en este número proponen caminos de investigación, alientan reflexiones y abren interrogantes ineludibles que requieren ser objeto de debate público: ¿De qué manera las fallas en las políticas destinadas a dar respuestas a la crisis sanitaria se combinan con el refuerzo de la política extractivista? ¿Cómo abordamos la falta de espacios públicos y los problemas múltiples de movilidad y acceso a infraestructuras que afectan sobre todo a los sectores populares, condiciones que, asimismo, se agravaron durante la crisis sanitaria? ¿Será que las nociones fijas, estabilizadas y despolitizadas acerca de la construcción de territorios resultan adecuadas para enfrentar la pandemia?

Seguimos observando que, en las grandes ciudades de Argentina, se abren operaciones destinadas a generar espacios de valorización inmobiliaria para grandes capitales, a través de proyectos urbanísticos que, centrados en “lo verde”, proponen la privatización del espacio público. Tal es el caso del reciente proyecto inmobiliario Costa Salguero, uno de los espacios estratégicos de la ciudad de Buenos Aires con mayor accesibilidad a las costas del río de la Plata, donde el gobierno porteño busca construir un conglomerado de edificios. A este proyecto viene a sumarse otro que propone la construcción de un barrio de torres de lujo que el Grupo IRSA busca edificar en Costanera Sur en convenio con el Gobierno de la Ciudad. En ambos casos se están favoreciendo oportunidades extraordinarias de ganancias para los especuladores inmobiliarios, se propone un acceso al río excluyente, hay impactos sobre zonas de humedales, se crean barreras para el ingreso de vientos desde el río de la Plata que permiten dispersar la contaminación del aire, se trata de iniciativas que no permitirían enfrentar el déficit habitacional para los sectores populares y que asimismo impulsan la construcción en altura en

zonas costeras, algo que no debería impulsarse bajo ningún concepto en términos de las recomendaciones de las políticas de adaptación al cambio climático.

Un tema clásico de la escuela de sociología urbana francesa fue mostrar que la destrucción del espacio ha servido como un “arreglo espacial” para las crisis del capitalismo moderno. A través de este proceso, inversores inmobiliarios y especuladores, con la ayuda de políticas gubernamentales han usado ciertos espacios como un “depósito” para invertir la plusvalía durante tiempos de estancamiento. Así, la urbanización capitalista es un modo de “destrucción creativa”, donde paisajes previos, imaginados como territorios vacíos, sin vida, sin valor ambiental, son arrasados para dar lugar a usos nuevos, más rentables. La defensa que hacen las organizaciones sociales de los espacios del humedal es precisamente mostrar que construir en esos territorios va a destruir suelo y vegetación traído por la naturaleza por décadas. ¿De qué manera podemos enfrentar estas políticas urbanas que construyen más riesgo ambiental y que asimismo son oportunidades extraordinarias de valorización inmobiliaria? ¿Acaso la crisis desatada por la pandemia no nos permite ver que también hay formas muy agresivas de urbanización neoliberal que emergen aprovechando ese mismo contexto? ¿Cuáles son los elementos que coadyuvan a la generación de mayores crisis en el futuro si tenemos en cuenta los escenarios de cambio climático, como por ejemplo el aumento esperado en la altura del Río de la Plata?

Las movilizaciones socio-ambientales han mostrado otras miradas sobre el territorio, las que permiten restituir diferentes ensamblajes socio-naturales y mostrar las relaciones de producción recíproca entre lo urbano, lo periurbano y lo rural. Como se muestra en uno de los trabajos presentados en este dossier, la movilización masiva en Rosario en defensa de los humedales refleja una relación con el ambiente que va más allá de la mera contemplación estética y establece un vínculo profundo de carácter político entre la ciudad y el humedal. Y esto último nos lleva a la pregunta más desestabilizadora, pero no por ello menos urgente, que atraviesa el nudo argumental de los artículos que componen este dossier: ¿debemos alimentar sueños de fuga amparados en el negacionismo ambiental o se requiere abonar un territorio habitable para nosotros y para nuestros hijos?